

El bautismo: *Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu (1 Corintios 12.13).*

El Espíritu Santo y el bautismo

La función del Espíritu Santo en el nuevo nacimiento, fue examinada en la lección intitulada “Jesús enseñó sobre el bautismo”, bajo el encabezado de Juan 3.3–5. Lo que se considera a continuación, es un estudio sobre el don del Espíritu Santo, en relación con el bautismo.

En el bautismo, uno nace del agua y del Espíritu (Juan 3.5). El que estaba muerto, llega a vivir, nuevamente, una vida en la que se es libre del pecado (Romanos 6.4–7), y se es perdonado (Hechos 2.38), al ser partícipe, en el bautismo, de la sepultura y resurrección de Jesús (Colosenses 2.12–13). Los ejemplos de bautismo que se dan en Hechos, cuando el evangelio se comenzó a esparcir por todo el mundo, son suficientes (Hechos 2.38–47; 8.12, 35–39; etc.).

Uno llega a ser una nueva criatura en Cristo (2 Corintios 5.17; Gálatas 6.15), y un hijo de Dios, en el bautismo, debido a la fe y a la obediencia de corazón (Romanos 6.4, 17–18; Gálatas 3.26–27; Colosenses 2.12–13). Uno recibe el Espíritu Santo por creer en Jesús, por haber sido limpiado de sus pecados, por haber nacido de nuevo y por haber llegado a ser un hijo de Dios. Esto fue lo que Juan escribió: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él” (Juan 7.39). Esto es lo que también leemos: “Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5.32; cf. 1 Tesalonicenses 4.8). Esto fue lo que Pedro les dijo, a los que oyeron el primer sermón del evangelio, el día de Pentecostés: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2.38). Esto fue lo que Pablo escribió: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4.6).

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8.16). Esta expresión indica que el Espíritu Santo puede dar testimonio, juntamente con el nuestro,

de que Dios es nuestro Padre, cuando decimos: “Padre nuestro”.

Los hijos de Dios son sellados por medio del don del Espíritu Santo, lo cual es una garantía de que le pertenecen a Dios. Esto fue lo que Pablo escribió: “Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones” (2 Corintios 1.21–22), y también escribió: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia ...” (Efesios 1.13–14).

El Espíritu se les da a los que son Hijos de Dios (Gálatas 4.6), para sellarlos como tales, no para hacerlos hijos. “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8.9).

Esta es la regla general que se puede establecer: Los que están perdidos en el mundo, no pueden recibir el Espíritu Santo (Juan 14.17), éste sólo les es dado a los que creen y obedecen, a los que son hijos de Dios.

EL DON DEL ESPÍRITU SANTO

El “don del Espíritu Santo”, que les es dado a los hijos de Dios, es el de la morada de aquél dentro del cristiano (1 Corintios 6.19–20; 2 Timoteo 1.14), *no* es el que habilita milagrosamente al receptor. El don de la morada del Espíritu Santo dentro del cristiano, le da fortaleza a éste para que viva la vida cristiana (Efesios 3.16). El don habilitante del Espíritu Santo, les dio a los que lo recibieron, el poder para obrar señales y prodigios (Hebreos 2.3–4).

Hechos 8.12–17 no es una excepción a la regla:

... Cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron a Pedro y a Juan; los cuales, habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino

que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo.

Cuando los samaritanos se bautizaron, ellos recibieron al Espíritu Santo para morar en ellos, como hijos de Dios que eran, conforme a la regla general; ellos no fueron habilitados inmediatamente por el Espíritu. Más adelante, éste les fue dado por medio de la imposición de las manos de los apóstoles (cf. Hechos 19.5–6).

Timoteo recibió un don a través “a través de” o “por” (*dia*, una preposición del griego, la cual, cuando se usa con el caso genitivo, se refiere a los *medios de los que se vale* otro para actuar) la imposición de las manos de Pablo (2 Timoteo 1.6). Lo más probable es que éste sea el don que se le dio “con” (*meta*, una preposición, la cual, cuando se usa con el caso genitivo, significa “acompañado de”) la imposición de las manos del presbiterio (1 Timoteo 4.14). Es aparente que, por alguna buena razón, Pablo usó dos diferentes preposiciones para describir la forma como Timoteo recibió el don. Jesús, se *valió* de las manos de Pablo y se *acompañó* con las manos del presbiterio, para darle un don a Timoteo. Las manos de Pablo fueron el medio, por el cual el don fue dado, y juntamente con Pablo, el presbiterio impuso sus manos para asignarle a Timoteo el uso del don.

LOS PRIMEROS GENTILES CONVERTIDOS

En Hechos 10 y 11, en la conversión de los primeros gentiles, hallamos una excepción a la regla general. La mayoría de las excepciones son importantes para probar un argumento. Esto fue así con los milagros de Jesús. Si Jesús hubiera hecho solamente aquellas cosas, que la persona promedio ordinaria era capaz de hacer, entonces no hubiera podido probar que él es el Hijo de Dios. Al hacer las cosas que el hombre no puede, por medio de sus habilidades naturales, cosas que son excepciones al proceso natural, él probó ser el Hijo de Dios (Juan 20.30–31; Hechos 2.22).

Al usar una excepción, Dios probó que él aceptaría a los gentiles para la salvación y que los colocaría al mismo nivel de los descendientes de Abraham, una realidad que sería difícil de aceptar para los judíos. El patrón normal —la impartición del Espíritu Santo para habilitarlos, a través de la imposición de las manos de los apóstoles— podía no haber sido una prueba adecuada para los judíos, de que los gentiles, de igual modo perdonados de sus pecados, habrían de tener el mismo estatus, dentro de la comunidad cristiana, de los convertidos del judaísmo. Si Dios mismo no

hubiera hecho la excepción, la aceptación de los gentiles convertidos habría parecido tener la sanción de los apóstoles solamente. Al darles el Espíritu Santo a los gentiles, tal como lo había hecho con los judíos al comienzo, directamente, y sin valerse de medios humanos, Dios probó para el resto de los tiempos que a los gentiles ha de ofrecérseles la salvación, y que todos los hijos de Dios son iguales. Dios estaba probando que la elección era suya, no de Pedro.

Cuando respondía a las objeciones hechas por la iglesia en Jerusalén (Hechos 11.3), Pedro pudo, con todo el derecho, preguntar: “... ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?” (Hechos 11.17). Más adelante expresó lo siguiente: “Dios escogió que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo lo mismo que a nosotros” (Hechos 15.7–8). La elección de Dios causó que Pedro preguntara, cuando vio que los gentiles eran habilitados por el Espíritu Santo: “¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hechos 10.47). Esta excepción fue prueba, más que suficiente, para Pedro, de que era Dios, no el hombre, quien hacía la elección. Dios es el único que puede hacer excepciones a sus reglas, y una excepción tal, prueba que es él, quien está actuando.

La observación hecha por Frederick Dale Bruner, respecto de las palabras de Pedro, es digna de ser repetida: “Él hace énfasis en la forma como el Espíritu Santo había descendido sobre la casa de Cornelio, con estas palabras: como sobre nosotros al principio (v. 15). Esta expresión es importante. Pedro no dice que el Espíritu Santo descendió sobre la casa de Cornelio, tal como siempre lo hizo sobre toda persona”.¹

Más adelante, ésta fue la observación que hizo Bruner: “Expresado literalmente, el ser bautizados con el Espíritu Santo, no es una doctrina que Hechos enseñe a la iglesia de hoy, pues la frase ocurre solamente en los momentos críticos de las iniciaciones de los judíos y de los gentiles dentro de la iglesia”.²

El libro de los Hechos describe dos casos de bautismo con el Espíritu Santo: El de los apóstoles, el día de Pentecostés, y el de Cornelio junto con su familia y sus amigos gentiles. Pablo también pudo haber sido bautizado con el Espíritu Santo. Él expresó que fue hecho apóstol, no por los hombres,

¹ Frederick Dale Bruner, *A Theology of the Holy Spirit (Una teología del Espíritu Santo)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1970), 194.

² *Ibid.*, 195.

sino por Jesucristo (Gálatas 1.1). Si la habilitación que lo hizo apóstol, hubiera venido a través de un medio humano, entonces habría sido hecho apóstol por los hombres; dado que él negó que su apostolado le fue conferido por medios humanos, debemos suponer que Jesús mismo fue quien lo habilitó para tal apostolado, al bautizarlo con el Espíritu Santo.

Los primeros gentiles, en entrar al reino de los cielos, recibieron la habilitación del Espíritu Santo, antes de convertirse en hijos de Dios, sin la imposición de las manos de los apóstoles (una excepción a la regla); no obstante, esto no es una señal de que ellos tuvieran al Espíritu Santo morando en sus corazones, antes de que llegaran a ser hijos de Dios por medio del bautismo. El principio general de recibir el don del Espíritu Santo después del arrepentimiento, del bautismo, y de la remisión de los pecados (Hechos 2.38), se aplicaría a ellos, así como a los casos de conversión del libro de los Hechos, en los cuales el don del Espíritu Santo no es mencionado (Hechos 8.35–39; 16.15, 33; 18.8). La habilitación del Espíritu Santo, se registra como habiendo sido dada por medio de la imposición de las manos de los apóstoles, excepto en los dos casos del bautismo con el Espíritu Santo (Hechos 8.14–17; 19.5–6; 2 Timoteo 1.6).

EL ESPÍRITU SANTO Y LA CONVERSIÓN

En el libro de los Hechos, no se dice del Espíritu Santo que éste haya obrado directamente en el pecador, con el fin de convertirlo. En lugar de ello, lo que se dice, es que ha obrado a través del mensajero, el cual en ese momento no tenía el registro escrito de la palabra de Dios, y por esta razón necesitaba ser guiado a la verdad por medio del Espíritu Santo (Efesios 3.3–5). El trabajo de convencer del Espíritu Santo (Juan 16.7–11), fue hecho a través de la palabra de Dios (Juan 6.63; Hechos 2.37; 11.14; 24.25). Esta palabra, no la operación directa del Espíritu Santo, es lo que constituye la base de la fe (Juan 17.20; Hechos 17.11–12; Romanos 10.17).

El Espíritu Santo no fue dado para hacer de la gente hijos de Dios, ni para llevarla a la fe y a la obediencia. Fue dado a los que son hijos de Dios (Gálatas 4.6), a los que fueron renacidos por la palabra de Dios (1 Pedro 1.23), a los que creyeron (Juan 7.39), y a los que fueron obedientes (Hechos 5.32).

Hay quienes han afirmado, que el Espíritu Santo debe venir para abrir el corazón del pecador, y así éste pueda aceptar la palabra. La conversión de los primeros gentiles rechaza claramente tal afirmación. Los corazones de éstos ya estaban

abiertos, antes de que el Espíritu viniera, pues esto fue lo que le dijeron a Pedro: "... todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que Dios te ha mandado" (Hechos 10.33). Un corazón puede ser abierto a través de la palabra, sirviendo ésta como instrumento del Espíritu Santo; no obstante, la responsabilidad de permitirle a la palabra entrar a su corazón, es del hombre (Lucas 8.15). El Espíritu Santo les dio el mensaje a los mensajeros, pero no obró directamente en los perdidos para infundirles la fe a éstos, en sus corazones. La fe viene a través del mensaje (Romanos 10.17), y no a través de una operación directa del Espíritu Santo. El mundo no recibe al Espíritu Santo (Juan 14.17), pues éste viene a los que han creído (Juan 7.39), y han obedecido (Hechos 5.32), y, por lo tanto, son hijos de Dios (Gálatas 4.6).

En ningún caso la Biblia hace equivaler las experiencias emocionales con la actividad del Espíritu Santo. El problema con abordar la obra del Espíritu Santo de esta manera, es que se basa en la voluble naturaleza de las emociones humanas (Jeremías 17.9), las cuales son de desconfiar (Proverbios 28.26).

Hay quienes han dado por descontada la necesidad del bautismo, porque no experimentaron sensación alguna cuando se bautizaron, a la vez que hay otros que han sentido que fueron salvos, sin necesidad del bautismo, porque experimentaron una sensación antes de éste. El bautismo no causa ninguna sensación, pero le da a uno razón para regocijarse (Hechos 8.39; 16.33–34). Este gozo viene por causa de la fe en Jesucristo, de que los pecados de uno le son perdonados.

Las emociones y el bautismo, deberían compararse con la ceremonia del matrimonio. Las emociones que se sienten antes, durante, y después de la ceremonia, no son las que sellan el matrimonio. La ceremonia por sí sola, puede que no cambie los sentimientos del novio hacia la novia, ni viceversa; aunque sin duda, pueden ser razón para regocijarse. El cumplir los requisitos del matrimonio, no el tener ciertos sentimientos, es lo que hace legal a éste.

Asímismo, el bautismo es una razón para regocijarse, pero en *ningún* caso registra la Biblia, que el Espíritu Santo diera sensación alguna en el corazón para darle seguridad a alguien de la salvación. La salvación es el resultado de la obediencia (Hebreos 5.9) de corazón (Romanos 6.17–18), no lo es, de una operación directa del Espíritu Santo en el corazón.

CONCLUSIÓN

El Espíritu Santo les es dado a aquellos que

creen y obedecen, a los que han llegado a ser hijos de Dios. No les es dado a los perdidos para hacerlos hijos de Dios. Él entra en el corazón de la persona, cuya fe le ha movido a reformar su vida, y a hacer un compromiso con Jesús al ser sepultada en el bautismo para la purificación del pecado.

Los perdidos que tienen corazones rectos y sinceros, son alcanzados a través de la palabra de

Dios (Lucas 8.15), pero aquellos, cuyos corazones están cerrados, rechazan la palabra (Mateo 13.15). El Espíritu Santo no obra directamente en el corazón del pecador para abrirlo; en lugar de ello, entra al corazón que está abierto a la palabra de Dios, y que ha sido limpiado a través de la obediencia a ésta (1 Pedro 1.22; Hechos 2.38). ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados